

DOMINGO 5 DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO C)



Jesús dijo a Simón:
«No temas; desde ahora serás
pescador de hombres.»
Ellos sacaron las barcas a tierra y,
dejándolo todo, lo siguieron.

LECTURA DEL LIBRO DE ISAÍAS (6,1-2a.3-8):

El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Y vi serafines en pie junto a él. Y se gritaban uno a otro, diciendo: «¡Santo, santo, santo, el Señor de los ejércitos, la tierra está llena de su gloria!» Y temblaban los umbrales de las puertas al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo. Yo dije: «¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey y Señor de los ejércitos.» Y voló hacia mí uno de los serafines, con un ascua en la mano, que había cogido del altar con unas tenazas; la aplicó a mi boca y me dijo: «Mira; esto ha tocado tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado.» Entonces, escuché la voz del Señor, que decía: «¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí?» Contesté: «Aquí estoy, mándame.»

Salmo 137

R/. Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor

Te doy gracias, Señor, de todo corazón; delante de los ángeles tañeré para ti, me postraré hacia tu santuario. **R/.**

Daré gracias a tu nombre: por tu misericordia y tu lealtad,
porque tú promesa supera a tu fama;
cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor en mi alma. **R/.**

Que te den gracias, Señor, los reyes de la tierra, al escuchar el oráculo de tu boca;
canten los caminos del Señor, porque la gloria del Señor es grande. **R/.**

Tu derecha me salva. El Señor completará sus favores conmigo:
Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

LECTURA DE LA PRIMERA CARTA DE SAN PABLO A LOS CORINTIOS (15,1-11):

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os proclamé y que vosotros aceptasteis, y en el que estáis fundados, y que os está salvando, si es que conserváis el Evangelio que os proclamé; de lo contrario, se ha malogrado vuestra adhesión a la fe. Porque lo primero que yo os transmití, tal como lo había recibido, fue esto: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se le apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales viven todavía, otros han muerto; después se le apareció a Santiago, después a todos los apóstoles; por último, se me apareció también a mí. Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de llamarme apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien; tanto ellos como yo esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído.

✝ LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS (5,1-11):

En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret. Vio dos barcas que estaban junto a la orilla; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

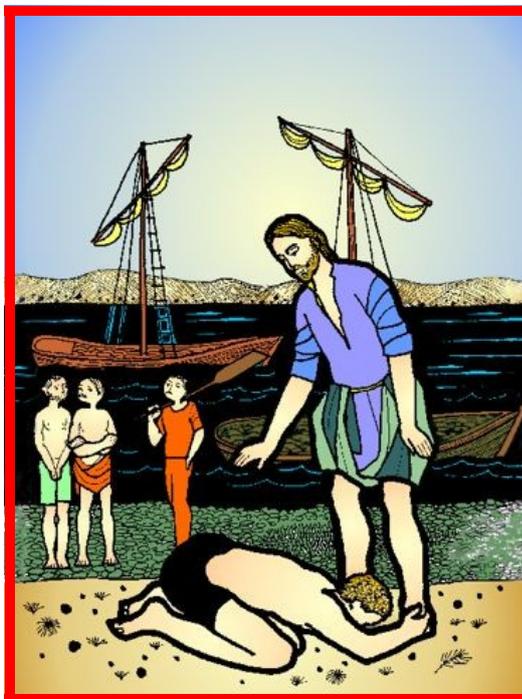
Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad las redes para pescar.»

Simón contestó: «Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes.»

Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían.

Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús diciendo: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador.» Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres.» Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.



NO TEMAS

La culpa como tal no es algo inventado por las religiones. Constituye una de las experiencias humanas más antiguas y universales. Antes que aflore el sentimiento religioso se puede advertir en el ser humano esa sensación de «haber fallado» en algo. El problema no consiste en la experiencia de la culpa, sino en el modo de afrontarla. Hay una manera sana de vivir la culpa. La persona asume la responsabilidad de sus actos, lamenta el daño que ha podido causar y se esfuerza por mejorar en el futuro su conducta. Vivida así, la experiencia de la culpa forma parte del crecimiento de la persona hacia su madurez.

Pero hay también maneras poco sanas de vivir esta culpa. La persona se encierra en su indignidad, fomenta sentimientos infantiles de mancha y suciedad, destruye su autoestima y se anula. El individuo se atormenta, se humilla, lucha consigo mismo, pero al final de todos sus esfuerzos no se libera ni crece como persona.

Lo propio del cristiano es vivir su experiencia de culpa ante un Dios que es amor y solo amor. El creyente reconoce que ha sido infiel a ese amor. Esto da a su culpa un peso y una seriedad absoluta. Pero al mismo tiempo lo libera del hundimiento, pues sabe que, aun siendo pecador, es aceptado por Dios: en él puede encontrar siempre la misericordia que salva de toda indignidad y fracaso.

Según el relato, Pedro, abrumado por su indignidad, se arroja a los pies de Jesús diciendo: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador». La respuesta de Jesús no podía ser otra: «No temas», no tengas miedo de ser pecador y estar junto a mí. Esta es la suerte del creyente: se sabe pecador, pero se sabe al mismo tiempo aceptado, comprendido y amado incondicionalmente por ese Dios revelado en Jesús.

José Antonio Pagola

NE CRAINS PAS

La culpabilité en tant que telle n'est pas une invention des religions. C'est l'une des expériences humaines les plus anciennes et les plus universelles. Même avant l'émergence du sentiment religieux, le sentiment d'avoir «failli» en quelque chose peut être ressenti par les êtres humains. Le problème n'est pas l'expérience de la culpabilité, mais la manière de la traiter.

Il existe une manière saine de ressentir la culpabilité. La personne assume la responsabilité de ses actes, regrette le mal qu'elle a pu causer et s'efforce d'améliorer son comportement à l'avenir. Lorsqu'elle est vécue de cette manière, l'expérience de la culpabilité fait partie de la croissance d'une personne vers la maturité.

Mais il existe aussi des façons malsaines de vivre cette culpabilité. La personne se replie sur son indignité, nourrit des sentiments enfantins de tache et de saleté, détruit l'estime de soi, s'annule. L'individu se tourmente, s'humilie, lutte contre lui-même, mais au bout du compte, il ne se libère pas et ne grandit pas en tant que personne.

C'est l'expérience de la culpabilité du chrétien face à un Dieu qui est amour et seulement amour. Le croyant reconnaît qu'il a été infidèle à cet amour. Cela donne à sa culpabilité un poids et une gravité absolus. Mais en même temps, elle le libère du péché, car il sait que, même en tant que pécheur, il est accepté par Dieu: en lui, il peut toujours trouver la miséricorde qui le sauve de toute indignité et de tout échec.

Selon l'histoire, Pierre, accablé par son indignité, se jette aux pieds de Jésus en disant: «Éloigne-toi de moi, Seigneur, car je suis un pécheur». La réponse de Jésus ne pouvait être différente: «N'aie pas peur», n'aie pas peur d'être pécheur et d'être avec moi. Tel est le destin du croyant: il se sait pécheur, mais en même temps il se sait accepté, compris et aimé inconditionnellement par le Dieu révélé en Jésus.

José Antonio Pagola
Traductor: Carlos Orduña